

14: JEREMÍAS, PROFETA DE DESGRACIAS

El libro de Jeremías, segundo de los Profetas Mayores después del de Isaías, no sólo es largo y complejo sino que, además, no muestra una línea narrativa clara, que pueda seguirse y recordarse fácilmente. La mayor parte de la gente, incluido el clero, no sabría citar ni un pasaje de este libro. El libro de Jeremías no invita a memorizar su prosa. No recuerdo ningún trabajo académico importante que sea específico sobre este libro, escrito por un "especialista en Jeremías". Sin embargo, este libro ha influido en muchos aspectos de nuestra historia religiosa y muy específicamente ha contribuido a dar forma a la historia cristiana.

Muchas de las más familiares imágenes de las narraciones del nacimiento de Jesús en Mateo y Lucas proceden de Jeremías. Sus capítulos 26 y 27 hablan de Israel como de una virgen que dará a luz al primogénito de Dios, quien cuidará de su pueblo como un pastor cuida sus ovejas. Jeremías es quien presenta a Raquel "llorando por sus hijos que no fueron": cita que Mateo usa como base para indicar el dolor por la matanza de Herodes, contra los niños de menos de dos años, de Belén, en su esfuerzo por eliminar al mensajero de Yahvé.

Las palabras de Jeremías, "un retoño saldrá de la raíz de Jesé (padre de David) y será llamado Rey Justo" pudieron influir en el tema evangélico de que Jesús era heredero del trono de David. La raíz hebrea de retoño es "nazir" y Mateo pudo referirse a ella cuando indicó que el apelativo de Jesús, según los profetas, sería el de "Nazareno". También el dato de que María y José no encontraran posada en su viaje a Belén, del que sólo se hace eco Lucas, puede provenir de Jeremías porque éste alude, en un momento dado, a que la "esperanza de Israel" será tratada como un extranjero en su tierra, hasta el punto de no "poder quedarse siquiera una noche" en ella.

Hay otros motivos y temas mencionados en Jeremías y que luego se recogen:

1. Jeremías y Ezequiel dieron a entender que la responsabilidad moral individual apareció en Israel alrededor del siglo VI a.C., tal como indican expresiones como ésta de Jeremías: "cada uno morirá por sus pecados". Esta responsabilidad moral trascendente modelará sustancialmente la idea judía de la vida después de la muerte, que aparece firme en escritos sagrados apócrifos de alrededor del 200 a.C.
2. Hay en Jeremías una idea de universalismo que desafía la antigua mentalidad tribal de Israel. Jeremías hace que Dios se refiera a Nabucodonosor, por dos veces, como "mi siervo" ya que interpreta la amenaza de los babilonios como un instrumento divino para castigar los desvíos de Israel.
3. La Parábola del Juicio final de Mateo identifica a Dios con la Justicia igual que hace Jeremías, quien afirma que "conocer a Dios es conocer al pobre y al necesitado."
4. Jeremías también compara a Israel con una higuera estéril y de hojas marchitas, lo cual bien pudo haber dado origen a la escena en Marcos de Jesús que maldice a una higuera sin frutos justo poco antes de la escena de la purificación del Templo y de la expulsión de los mercaderes. La higuera se habría secado hasta las raíces.
5. La expresión "Hay un bálsamo en Galaad", que sale en un famoso Gospel, también procede de Jeremías.

6. "¿Por qué prosperan las sendas de malo?", se pregunta Jeremías, igual que el libro de Job, por lo que él también se encara con el problema del mal.
7. Los primeros cristianos se llamaron a sí mismos "seguidores del camino", término que también pudo proceder de Jeremías, en cuyo libro Dios plantea dos opciones a los judíos: la del camino de la vida y la del camino de la muerte, ante cuya disyuntiva deben elegir.

Otros textos de Jeremías se han utilizado para ilustrar eventos actuales. Si se piensa en la situación actual de la economía estadounidense, especialmente a la luz de los 700 mil millones de dólares necesarios para el rescate de Wall Street, y se lee en Jeremías que "todo el mundo está ávido de ganancias injustas" y que "ni siquiera saben sonrojarse", la relación es clara. Lo mismo que cuando sabemos que el gigante de seguros AIG gastó 400 mil dólares en fastuosos festejos para sus agentes independientes muy pocos días después de haber recibido miles de millones de dólares procedentes de los impuestos de los ciudadanos para rescatarlo de la bancarrota. No se dan ni cuenta de lo equivocados que están, "ni siquiera se sonrojan", ni tampoco lo entienden.

Mi cosecha personal favorita en Jeremías viene del comienzo de la primera guerra con Irak en 1991. El presidente de entonces (George Bush, padre), al intentar "perfumar" sus esfuerzos militares de cara a obligar a Sadam Hussein a dar marcha atrás, hizo venir a Billy Graham a la Casa Blanca para orar juntos al empezar a caer las bombas. El uso de la religión con fines políticos parece ser práctica común de la familia Bush. Sin embargo, aquella misma noche, frente a la Casa Blanca, hubo protestas contra la guerra, dirigidas por el Obispo Presidente de la Iglesia Episcopal, Edmond Browning. Una de las pancartas de aquella manifestación silenciosa citaba las palabras de Jeremías: "Mi corazón late agitado. No puedo permanecer callado mientras escucho las trompetas y las sirenas de la guerra."

Jeremías escribe con un sentido del propio destino, como de haber sido destinado a una misión en la vida. Por eso ha inspirado a muchos que creyeron encontrarse en el lugar y el momento oportunos y fueron capaces de cambiar la historia. En palabras de Jeremías, asumir el manto de profeta tiene este significado. El libro pone en boca de Dios lo siguiente, acerca del profeta: "Antes de formarte en el vientre de tu madre, yo ya te conocía, y antes que nacieras yo ya te había consagrado para ser profeta entre las naciones."

Ubicar el contexto y la época en la que vivió y escribió Jeremías es esclarecedor. Fue en un período particularmente difícil y turbulento de la historia de Israel, que el libro refleja. El reino norte había sido destruido en el 721 a.C. por los asirios, que rigieron el mundo con mano de hierro hasta que los babilonios los derrotaron más de cien años después, alrededor del 612 a.C. Jeremías fue testigo de la guerra entre egipcios, asirios y el creciente poder babilonio; y vio cómo el poder variaba en dicho período. Sus simpatías parecían estar con los asirios y por eso él no estaba destinado a ser del bando ganador. Su pequeño país, Judá, había escapado de la destrucción, a diferencia del reino del norte, sólo por aceptar el estatuto de vasallo de Asiria. Por eso Jeremías veía con alarma el auge del poder babilonio. Porque, en efecto, su situación cambió cuando Asiria sucumbió ante Babilonia.

Como país pequeño, Judá sólo era un peón en manos de las grandes naciones que se disputaban el poder en Oriente Medio. Cuando Judá estuvo mejor, fue cuando los poderosos luchaban entre sí por la supremacía. Durante este período, Judá gozó un tiempo de paz. Fue el período en el que apareció el libro del Deuteronomio y en el que se hicieron reformas en Judá. Aunque no hay acuerdo unánime en ello, es posible que el propio Jeremías estuviera involucrado en aquellas reformas. Algunos especialistas creen que Jeremías fue no sólo autor del Deuteronomio sino que intervino en la maniobra de ocultar el libro entre los muros del Templo para luego poder ser "encontrado" sorprendentemente, hacia 621 a.C., durante las renovaciones lideradas por el carismático rey Josías.

Las esperanzas de Judá se apoyaban en este joven rey en este período. Josías había llegado al trono en el

640 a.C., a la edad de 8 años. Fue enormemente popular entre los sacerdotes y los profetas por su interés en lo religioso. Pese a ser genuinos sus sentimientos, se cree que el regente, hasta que Josías alcanzó la mayoría de edad, fue profeta, y esto influyó en la devoción religiosa del rey. Las reformas deuterónicas (ver la entrega VI de esta serie) fueron bien vistas por los líderes religiosos. Un profeta llegó a afirmar, en el período de las reformas, que la bendición de Dios sobre Judá duraría, por lo menos, hasta la muerte del rey. Por eso gran parte de la esperanza y de la seguridad de Judá descansaba en Josías, considerado garante del favor divino. Por eso su muerte temprana, a los 39 años, se consideró casi como el fin del mundo. El faraón Necho se había embarcado en una guerra contra Asiria de cara a arrebatarle parte de su imperio, y Josías, aliado de Asiria, tuvo que salir a hacerle frente en las llanuras de Meguido, en el año 609 a.C., donde el rey cayó herido de muerte y los judíos quedaron derrotados. La historia cambió radicalmente entonces. Muerto Josías, también murió la sensación de seguridad del pueblo. El protector asirio no estaba en condiciones de acudir frente al poder babilonio en pleno auge. Situados en el lado perdedor de la historia, en menos de diez años, los babilonios llegaron a Jerusalén para sitiarla, y su caída en 596 a.C., significó el comienzo del exilio babilónico.

Jeremías había advertido de la inminente calamidad y la había anunciado pero nadie lo escuchó. Su mensaje fue tan implacable y sin esperanza que quisieron matarlo incluso. Jerusalén era una ciudad que había sido inexpugnable durante 400 años. La gente no creía que un ejército enemigo pudiera tomarla. Sin embargo, Jeremías relacionó lo que iba a suceder en Judá con la esclavitud en Egipto. Ninguna imagen podía ser más temible para un judío. Cuando su mensaje se cumplió y su nación quedó postrada, Jeremías fue deportado a Egipto, donde murió pobre y con el espíritu quebrantado. Se suele representar a Jeremías llorando e incluso con figura de un loco. Ambas imágenes son plausibles. Con todo, el paso del tiempo es el mejor amigo de un profeta. Algún tiempo después de su muerte, sus palabras se añadieron al texto sagrado de los judíos y se conservaron como parte de sus Escrituras. Así fue como sus palabras, por dolorosas que fueran algunas, se conservaron, una vez su verdad fue validada. El trabajo del profeta es iluminar el dolor, no eliminarlo; es ayudar a la gente a caminar a través del dolor y llegar a trascenderlo. No es bueno negar el dolor y pretender que hay otro ámbito en el que éste no existe. Jeremías perteneció a la tradición que pensaba con este realismo. Quizás palabras como las suyas es lo que el mundo necesita oír ahora que estamos al borde de una recesión planetaria, con todo el desconcierto social y político que inevitablemente seguirá.

— John Shelby Spong